

Un ejemplo de dolor en el corazón

En 1979, los Eagles estrenaron una canción de estilo pop/rock titulada “Heartache Tonight”². El sencillo subió hasta la primera posición en los “Hot 100” de Billboard el 10 de noviembre de aquel año, permaneciendo una semana³. *The Long Run*, el álbum en el que estaba incluida la canción, superando siete veces el platino⁴. “Heartache Tonight” también ganó el premio Grammy de aquel año por “Mejor actuación rock de un dúo o grupo con vocalista”⁵. Se ha convertido en una canción bastante fundamental en las radios de rock clásico a lo largo de los Estados Unidos y globalmente. Así que podemos considerar que esta ha sido una canción influyente entre el público del *rock*, especialmente para quienes crecimos en la pasada década de los 70. ¿Qué podemos decir de esta canción desde una perspectiva cristiana?

Primera pregunta: ¿En qué consiste la historia?

La canción, aunque no está presentando una narrativa en su máximo desarrollo, engloba dentro de sí muchos elementos narrativos. Hay una historia implícita y se cuenta de una manera interesante. La letra pinta el cuadro de una típica fiesta veraniega de estudiantes de instituto. Es una cena llena de intriga sexual, ansiedad, pasión, y, por supuesto, dolor en el corazón. Nada se cuenta con demasiado detalle. Un aspecto interesante de la historia es que se cuenta con una extraña especie de distancia, como si el vocalista principal Glenn Frey fuese un espectador, como si él y los vocalistas secundarios formaran una especie de coro griego clásico: “Va a haber dolor en el corazón esta noche y nada de lo que podamos hacer lo podrá cambiar”⁶. Por otra parte, este narrador distante también parece ser un participante,

presentando a una chica en la fiesta con la petición de apagar la luz y de ponerse manos a la obra. La perspectiva es una combinación curiosa de análisis distante y participación exuberante, de nombrar la tragedia y zambullirse de cabeza en ella. Aquí hay algo embriagador en esta combinación de una noche de verano, la luna llena y el romance que atrae a los protagonistas (y a nosotros) a su interior. Esta es la historia y su tonalidad emocional.

Segunda pregunta: ¿Dónde estamos?

¿Qué tipo de mundo imaginativo proyecta esta canción?

Ahora comenzamos a hacer preguntas sobre el medio, el género y los contornos específicos del mundo imaginativo que estos artistas de la cultura popular han creado para que nosotros habitemos en él durante un breve tiempo.

El ritmo de 4/4 marcado por la batería y la potencia con la que la guitarra eléctrica acomete los acordes, nos indican que obviamente se trata de una canción del estilo *rock*. Cosa que no nos sorprende. Pero lo que es menos obvio es la forma específica que adopta esta canción de *rock*, y el tipo de mundo imaginativo en el que nos introduce. La estrofa de la canción consiste básicamente en un patrón de *blues* de ocho compases reiterado una vez, y el estribillo produce una sensación que apunta clarísimamente al *blues*. Pensemos en la tremenda manera que tiene Joe Walsh en sus solos de hacer deslizar el cilindro entre los trastes de su guitarra para el efecto que en inglés se denomina *slide*, con muchas alusiones a grandes artistas del *blues* de Chicago, como también podemos pensar en Stevie Ray Vaughan. Prestemos atención en la actuación vocal de Glenn Frey, en cómo estirando las cuerdas añade riqueza cromática a los tonos tercero y séptimo de la escala.

Está empleando una escala de *blues* al declarar una verdad trágica y emocionalmente profunda.

Y esto es en lo que consiste sobre todo el *blues*: es enfático y profético en su declaración. Hay una cierta sabiduría contenida en el *blues*, heredada en gran parte de la historia afroamericana a través de los espirituales, el góspel negro y la amarga experiencia de penurias y privación de libertad que se transluce en los cantos provenientes del trabajo conjunto denominados *field hollers* y en la canción de presos. El *blues* imparte una sabiduría que mira al mundo con una gran nitidez, incluyendo toda su fealdad y sus verrugas, y está dispuesto a decir la verdad. El guitarrista de *blues* y cantante Walter “Brownie” McGhee dijo, “no escribo nada desde la imaginación. El *blues* no es un sueño. El *blues* es verdad. No puedo escribir de algo que no haya visto o experimentado”⁷. El *blues* es una manera de reflexionar acerca de las tragedias de la vida de una forma que alivie el sufrimiento, gracias a que lo puedes compartir. Tal como el guitarrista de *blues-rock* Eric Clapton al parecer afirmó: “Escuchar el *blues* no consiste en estar triste, consiste en alegrarse porque alguien más conoce tu dolor”⁸. De manera que “Heartache Tonight” comparte con el *blues* no solo una estructura musical, sino también la perspectiva de percatarse de la triste condición del mundo y esa búsqueda de alivio al compartir el dolor. Como las personas desean con tanta desesperación conectar con otras, inevitablemente se producirá un daño y un dolor de corazón en el terreno de las relaciones. Esta es la verdad que a manera de un *blues* nos brinda “Heartache Tonight”.

Por otra parte, la canción no es solo una crítica melancólica. También, en un sentido, aprueba y encuentra emoción en las intrigas sexuales que *causan* el daño en lo relacional. Y esto,

también, procede del *blues*. El *blues* no consiste solo en compartir el dolor. También hay un inconfundible sentido terrenal en muchas canciones del estilo *blues*, una sensualidad terrena muy tingo talango^{1*} que hace que algunas canciones de este género no sean aptas para su difusión pública en los Estados Unidos. “Heartache Tonight” bebe de esa fuente, también, pero de una manera sensible a la norma radiofónica. A pesar de sus sentidos implícitos y a sus insinuaciones veladas, la canción versa inconfundiblemente de sexo, e incluso celebra la conquista sexual.

De manera que el mundo (y la cosmovisión) que proyecta “Heartache Tonight” se caracteriza por una tensión fundamental. Por una parte, reconoce algunas realidades éticas y relacionales. Si necia y compulsivamente pretendes a otra persona a la espera de una experiencia sexual, inevitablemente terminarás hiriendo el corazón de otros, y probablemente te herirás a ti mismo. Y esto es para lamentarse. Por otra parte, hay una euforia sensual que reside en *participar* de esta necedad que *sabes* que va a causar daño. La crudeza de esos solos de guitarra tocada por el cilindro deslizante de Walsh subraya este tipo de intensidad que emociona. La canción termina, simultáneamente, lamentando y celebrando la necedad *sexy* y peligrosa del mundo. Y por debajo de esta tensión subyace la noción de que todo, de alguna manera, es inevitable, de que no hay nada que nadie pueda hacer al respecto. El mensaje parece ser el siguiente: “las personas son seres sexuales, cometen cosas estúpidas y las personas terminan hiriéndose. ¡Así que agárrate para un viaje looooooco!” El mundo de “Headache” se caracteriza por ligues desesperados, la impredecibilidad relacional, el riesgo y el daño.

Tercera pregunta: ¿Qué tiene este mundo de bueno, verdadero y hermoso?

¿Hay algo que nosotros, como cristianos, podríamos reconocer que está bien, que sea verdadero y bueno en “Heartache Tonight”? A pesar de la crudeza y el escándalo implícitos en la canción, hemos de responder: “Sí”. Hay mucha sabiduría, intuiciones certeras y gracia en esta pequeña canción de *rock*.

Primero, como ya hemos dicho, el mundo de “Heartache” reconoce una determinada verdad ética: la estupidez sexual engendra un daño relacional y un dolor en el corazón. Es una triste verdad, una verdad que no se suele oír demasiado a menudo en las canciones de *rock*. En la música *country*, sí. En la música *rock*, no tanto.

El segundo momento de gracia que la canción trata es una verdad con la que algunos cristianos se sienten incómodos: el sexo es divertido. Muy, muy divertido. El sexo es uno de los regalos más poderosos y placenteros que el Creador ha querido entregarnos. Y los cristianos de reflexión no deberían avergonzarse por esto. A fin de cuentas, tenemos una Biblia que contiene todo un libro de poesía erótica. Esto era el Cantar de los Cantares antes de que los traductores de la Biblia hiciesen uso de su pudor. La mayor parte de sabe intuitivamente que el sexo es poderoso, hermoso y es una manera fascinante de compartirse uno mismo con otra persona. “Heartache Tonight” se funda en esta verdad. Si el sexo no fuera una cosa tan poderosamente buena, la canción no tendría sentido. Pero sí tiene sentido. Los álbumes normalmente no alcanzan siete platinos si las personas no pueden identificarse con las canciones de una manera significativa. La letra de la canción reverbera en nosotros, y la canción “funciona” porque

afirma una verdad confirmada por el tiempo: el sexo es una cosa profundamente buena y significativa. Permite que dos personas lleguen a ser una, aunque solo sea temporalmente. Lo cual me conduce a mi tercer aspecto relativo a la gracia.

Me ha parecido que el retrato de los que iban a participar en esta fiesta tenía una fuerza muy convincente e iluminadora. La primera estrofa pinta una imagen poderosa de la condición humana –el hecho de que todos desean conectar, “tocar a alguien”–. Todo el mundo quiere arriesgarse y esperar que todo resulte bien. Desear “tocar” a alguien ciertamente lleva implícitas connotaciones sexuales, pero sugiere mucho más. Los seres humanos, especialmente los jóvenes, son retratados con un aislamiento esencial, desesperados por lograr un contacto humano. La fruición por tener aventuras sexuales no consiste meramente en un enloquecimiento de las hormonas adolescentes. Es un impulso por alcanzar la promesa de plenitud, de vencer la soledad y la alienación que a todos nos amenaza. Las personas se sienten tan desesperadas por obtener este tipo de conexión profunda que arriesgarán la posibilidad de un daño relacional por la mera esperanza de capturar esa sensación fugaz de estar completos, de estar en casa, de sentir que se está bien.

Pero la esperanza que estas líneas de la estrofa alientan queda cancelada por el empuje arrollador del estribillo. ¿Pensabas que podías correr el riesgo y que todo resultaría bien? Error. *Sí* habrá esta noche dolor de corazón. La radio *sí* hará sonar la canción de desolación y derrota. Alguien se quedará sintiéndose vacío. En cierto nivel, esta canción comprende que este tipo de tentativas de contacto humano tienen una condición caótica y están, en un sentido, condenadas al fracaso. Una vez que te acuestas con el

objeto de tu deseo, volverás a inquietarte nuevamente. Buscarás entonces una nueva conquista. La noche que se suponía que iba a durar para siempre (o al menos todo el verano) termina durando solo mientras no aparezca nada mejor. Y entonces el ciclo de riesgo y de partirse el corazón volverá a comenzar.

La canción tiene garantizado estar perpetuamente de moda, siempre pertinente, porque la condición que analiza continúa repitiéndose, *ad infinitum*. En este sentido, “Heartache Tonight” es reminiscente del lamento del Maestro en Eclesiastés 1: “Sale el sol, se pone el sol, y afanoso vuelve a su punto de origen para de allí volver a salir”. Como un perro cósmico que para siempre estuviese persiguiendo su propia cola. Es un juego fútil, “sin sentido, sin sentido” el que jugamos bajo el sol. Nos guste o no, los Eagles comunican sabiduría y verdad a través de esta canción.

Cuarta pregunta: ¿Qué tiene este mundo de feo, maligno y perverso, y cómo subvertirlo?

Pero todo no es sabiduría, ¿no es así? Necesitamos proceder ahora a la pregunta que seguía. ¿Dónde encuentro idolatría en este mundo imaginativo, y cómo puedo ir descascarillando el pedestal sobre el que este ídolo está en pie? ¿Cómo hago que la idolatría que está enlazada a esta cosmovisión termine por caerse?

Obviamente, el ídolo que hay en esta canción tiene algo que ver con el sexo (como ya dije en el capítulo anterior: esto no es una ciencia dura). ¿Pero qué tiene el sexo que lo convierte en un ídolo tan efectivo en el mundo imaginativo de esta canción? Bueno, la diversión y lo excitante y lo placentero que pueden llegar a tenerse, por una parte. El sexo es un ídolo que tiene un

componente físico poderoso. Pero hay más que se ha de afirmar. De este ídolo no solo se desprende una apelación al placer. También apela a la esperanza, a la promesa de estar completos, a la relación, a tocar y a ser tocados por alguien. Con otras palabras, aquello mismo que hace que el sexo sea un don tan poderosamente bueno, también hace del sexo un poderoso ídolo. Promete una manera de llevarnos hacia fuera de nuestro estar solos, de nuestra alienación. Promete confort en los brazos de otra persona, vulnerabilidad, una profundidad en el compartir, una casa y un refugio. En una palabra, nos promete una vida renovada. Promete salvación, o lo más cercano que puedes llegar a alcanzar en la vida secular y cotidiana.

¿Cómo subvertimos esto? El ídolo promete un cóctel potente de placer y de plenitud existencial. ¿Y alegamos a esto? La respuesta, en este caso, es que no hace falta alegar nada: la propia canción lo hace por ti. La canción *deconstruye su propio ídolo*. Al mismo tiempo en que el narrador clama de deseo por su propia conquista sexual, pidiéndole a la chica que apague la luz, también, simultáneamente, está temblando por el daño que va a resultar de todo esto. Es como si estuviera diciendo: “¡Vaamoos, gente tonta y estúpida! ¡Hagamos una fiesta y hagámonos daño! ¡¡¡Bieeen!!!” ¿Cómo puede decirse esto? Porque muy en el fondo las personas saben que este tipo de comportamiento es, en el mejor de los casos, una mala oferta: proporciona solo un alivio temporal. En el peor de los casos, es una alteración profundamente dañina, y el daño permanece durante un tiempo muy largo. Los no cristianos que estén activos sexualmente, probablemente, sabrán por experiencia que esto es así. Puede incluso que se hayan encontrado del lado receptor de este sentimiento que te da esa tremenda patada en el estómago al ser sexualmente traicionado

por una persona a la que amas. Las personas comprenden que el ídolo no cumple sus promesas. Pero se sienten un fuerte tirón que los atrae y captura mediante sus propios deseos y por esa mayoría cultural que celebra el libertinaje sexual.

Reparemos, por favor, que conocer en nuestro fuero más interno que algo es cierto no se traduce necesariamente en la admisión de que es cierto. Es muy posible (y muy humano) tener una experiencia de conocimiento íntimo de algo y elaborarle una justificación *ad hoc* y cauterizar nuestra propia conciencia hasta haberse convencido de creer algo bastante diferente⁹. Es por ello que justo en este punto entre la elaboración de excusas y el autoengaño, que los muros de defensa serán más altos, y cualquier crítica será recibida con la máxima vehemencia. Una de las discusiones más acaloradas que he tenido con estudiantes universitarios en una velada de cinefórum fue en torno a la cuestión de en qué consiste una sexualidad cabal. Comprendían el daño que puede hacer cierto uso del sexo, pero se habían autoconvencido de que eran adultos maduros. Podían dominarlo. No nos hace daño. Es simplemente algo recreativo. Etcétera. Pero, si preguntas honestamente y con una sonrisa en el rostro, los no creyentes generalmente estarán de acuerdo en que: (1) el sexo no es simplemente un juego –tiene el potencial de destrozarse relaciones cuando se abusa de él; y (2), el sexo no puede cumplir todo lo que Hollywood o las canciones *pop* prometen. El sexo no nos puede salvar de nosotros mismos. No puede hacer que valga la pena que vivamos nuestras vidas. En otras palabras, una vez que empiezas a cavar por debajo de la superficie, el sexo empieza a parecer una parte profundamente significativa de la vida, pero no es ningún salvador. Comienza a emerger como una parte delicada y hermosa de la existencia creada, pero algo que rápidamente se

tuerce cuando intentamos forzarlo para que dé un servicio que va más allá del propósito que tenía; o si lo tratamos como si fuera menos significativo de lo que sabemos que es. En otras palabras, una vez que comienzas a hablar honestamente sobre él, el sexo se revela como una parte significativa de una realidad *creada*, una parte que puede disfrutarse con sabiduría o con necedad. Y el planteamiento de la idolatría del sexo es puesto en evidencia por su vacuidad y necedad.

Aun así, el sexo sigue siendo magnético. Pretender idolátricamente el sexo podría ser una necedad, pero es una necedad atractiva. Además, dentro del mundo imaginativo de “Heartache”, el tipo de necedad que trae aparejada la búsqueda incesante de la aventura sexual parece imposible de evitar. Con el brillo de la luna y produciéndose tanta intriga, ¿cómo podría alguien resistir? Si colocas un número suficiente de personas jóvenes juntas, los juegos sexuales y los golpes que provocan en lo relacional son sencillamente hechos inalterables del universo —habrá un “Headache Tonight”, es decir, esta noche habrá dolor en el corazón—. Esto es parte de la seducción de la idolatría. Se busca la conquista sexual con aires de inevitabilidad, como no pudiéramos elegir nada al respecto. ¿Es realmente así, o es más bien parte de nuestro autoengaño, de nuestro artificio en la imagen que nos damos a nosotros mismos y a los demás para librarnos de la responsabilidad de asumir nuestras propias decisiones necias? Es sutil, pero fíjate cómo los autores de la canción eligieron emplear una expresión impersonal en el coro, para distanciarse a sí mismos del daño: “Va a haber dolor en el corazón esta noche”, en vez de: “Voy a causar dolor en el corazón esta noche”. ¿*Debemos* nosotros pretender a toda costa a otros sexualmente, incluso cuando sabemos que causará un daño? A

veces nos da la *sensación* de ser inevitable, como una compulsión incontrolable. ¿Pero es así verdaderamente? Esto nos lleva al corazón de la adicción, a la naturaleza adictiva del pecado. Es al mismo tiempo una compulsión y una elección consciente. Somos “por naturaleza objeto de la ira de Dios” (Efesios 2:3) y responsables de nuestra conducta: “se han entregado a la inmoralidad” (Efesios 4:19). Por supuesto, no es sino hasta que Dios irrumpe con su misericordia que nosotros podemos vivir vidas que lo agradan. Pero no deberíamos minimizar el hecho de que somos responsables de las decisiones que tomamos, que elegimos seguir nuestros deseos hacia sus sendas destructivas, y el dolor en el corazón nos sigue. Por mucho que lo intentemos, la responsabilidad del daño nos atenaza. El ídolo del sexo promete libertad y un sentido de plenitud. Lo que proporciona es una jaula.

Pero todavía hay más que se podría decir. Podríamos investigar este ídolo de un modo trascendental realizando algunas preguntas precisas: ¿Qué tipo de seres habremos de ser al dar tanta importancia al sexo? ¿Cómo es que el sexo tiene el poder de dañarnos tanto? ¿Qué son los seres humanos, ya que al mismo tiempo lamentan y celebran algo que produce tanto dolor en el corazón? Cualquier tipo de cosmovisión que excluya al Dios de la Biblia se encuentra con dificultades para explicar la vulnerabilidad delicada y la profundidad del significado asociado con el sexo. Solo la Biblia presenta a los seres humanos como quienes han sido creados a imagen de un Dios relacional y comunicativo: un Dios que existe en comunidad con los seres humanos, y en una comunidad absoluta consigo mismo en “Triinidad”. Apenas rascamos la superficie al decir que tenemos impulsos químicos y biológicos. Esto es cierto hasta cierto punto, pero no va

muy lejos. Lo que hace que el sexo nos resulte tan atractivo es el significado que *mediante* el sexo se comunica acerca de una relación. El poder del sexo deriva de la profundidad relacional por la que suspiramos. El sexo proporciona una relación en su nivel más íntimo, más conmovedor y más sublime. En otras palabras, la misma complejidad y profundidad con las que el sexo nos confronta revelan su identidad verdadera. Es una realidad compleja y creada que apunta a un Dios vivo y lleno de amor. Casi parece como si el ídolo del sexo estuviera empleando todas sus fuerzas y gritándonos: “¡¡¡No le hagas caso a quien está tras la cortina!!!” El sexo encuentra su significación completa y verdadera solo cuando reconocemos al Dios que está tras todo esto.

De modo que, de muchas maneras, la idolatría entretejida a lo largo del mundo de la canción revela la necesidad en la que consiste. Y, a su pesar, señala más allá de sí misma al que Ama nuestras almas.

Quinta pregunta: ¿cómo se aplica el evangelio aquí?

Y esto, por supuesto, nos lleva a la última pregunta. Nos vienen a la mente varias maneras de aplicar el evangelio.

Lo primero y más importante, es que el evangelio responde al grito del corazón, a la ansiedad y a la soledad que encaminan a algunas personas a la idolatría sexual. ¿Por qué pretende la gente con tanto ímpetu las conquistas sexuales, a pesar de saber que sus, más que seguras, consecuencias serán un dolor relacional para un padre o madre, para una novia, novio o cónyuge engañados, y un corazón lleno culpabilidad respecto a uno mismo? Porque esta conducta tan arriesgada parece preferible a la alternativa: estar solos, o sentirse atrapados en una relación aburrida que no

da ninguna sensación que sea mejor que el aislamiento. Muchas personas tienen un deseo profundo de comunidad y de intimidad, y la conquista sexual puede dar la sensación de representar un atajo en dirección a esta meta, a pesar del daño que pueda traer.

Pero las buenas noticias del evangelio consisten en que Dios descendió y respondió a este deseo de intimidad y de comunidad, y la conexión y el sentido de plenitud que él trae es mucho más profundo y más rico que los que proporciona el sexo. Puede que no sea tan inmediato físicamente, al menos por ahora (a menos que resultes ser una Teresa de Ávila). Pero la promesa del evangelio es clara: Dios, el verdadero Amante, está cortejando a su pueblo, y él satisface nuestro deseo de conexión con Alguien que realmente nos ama. La imagen de Dios en términos de un pretendiente esforzado, resuelto y amantísimo esposo y protector recorre la Biblia con multitud de ejemplos. A veces el tema aparece enfatizado tan intensamente que hace que nos sonrojemos¹⁰. Leer el Cantar de los Cantares como una alegoría de la relación de Cristo (el Amante) con el alma cristiana (la Amada) puede ser una interpretación probable, pero con toda certeza, sí califica como retrato de la pasión y el deseo que Dios tiene hacia su pueblo. No que Dios esté sexualmente necesitado, sino que, al igual que con el sexo, su deseo se dirige a su pueblo de una manera que es profundamente satisfactoria, de una manera que nos completa. De hecho, uno llega a tener la sensación de que el sexo es una especie de débil reflejo de este maravilloso y más profundo drama del deseo divino. Pablo lo atisba al citar Génesis 2:24, y además ve algo muchísimo mayor en ello:

«Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa, y los dos llegarán a ser un solo cuerpo.» Esto

es un misterio profundo; yo me refiero a Cristo y a la iglesia. (Efesios 5:31-32)

En el pasado, los poetas cristianos han tomado este intenso erotismo del Espíritu, como en el caso del poeta inglés John Donne (1572–1631) en el “Soneto sacro XIV”, en el que implora a Dios que “Golpea mi corazón, Dios en tres personas”, y concluye con el siguiente ruego:

Llévame hasta Ti, aprisioname, pues yo,
a menos que me atrapes, nunca seré libre,
nunca seré casto, a menos que me tomes.¹¹

Yo argumentaría que Donne utiliza unas imágenes de un erotismo tan intenso no por malentender la naturaleza del deseo en la relación de un ser humano hacia Dios, sino por entenderla demasiado bien. Es cuando nos conformamos con satisfacciones menores como las de ir tras un ídolo sexual que se embota nuestra percepción de los más agudos y poderosos deseos y satisfacciones que Dios ofrece. Como apunta el poeta George Herbert, un contemporáneo de Donne, si se tratase de una competición entre el amor romántico y el amor divino, Dios gana: “¿Acaso no podrá tu Paloma [en referencia al Espíritu Santo] / sobrepasar a su Cupido en fácil vuelo?”¹².

En numerosas ocasiones se ha presentado el cristianismo como una espiritualidad pálida, decreciente e incorpórea que busca reprimir el deseo para que podamos emprender la senda descolorida de la obligación religiosa. Y, a veces, los cristianos han incurrido en el error de alimentar esta caricatura. Pero este retrato en absoluto es bíblico y está en completa disonancia con el legado más profundo y rico de la tradición cristiana. El sexo,

en su mejor y más intensa versión, es apenas una degustación del maravilloso y más profundo drama de deseo y satisfacción entre el cristiano y su Señor. Con seguridad, se trata más de un deseo que duele, que de una satisfacción mientras vamos avanzando a través de un mundo caído con corazones caídos. Pero el Espíritu ha proporcionado al deseo un anticipo, más que suficiente, para hacer que nos asombremos ante la amplitud y la profundidad del cumplimiento prometido. Es suficiente para lograr que la ansiedad que en nosotros procede de lugares muy profundos y que nos hace pensar que finalmente terminaremos solos, se aquiete. El evangelio nos relata la historia de un Dios tan apasionado como para intervenir y darse a sí mismo en un amor costosísimo para recuperar a quienes amaba. Si el evangelio es verdadero, quien de nosotros esté sufriendo la mayor alienación nunca tendrá que temer que la soledad será nuestro destino final. Pablo, en Romanos 8:35-39 pregunta quién nos podrá separar finalmente del amor de Dios. La respuesta: nada ni nadie. El amor de Dios lo conquista todo. El cristianismo es primordialmente la historia de Emmanuel, de Dios con nosotros. El evangelio provee lo que el sexo promete, pero que no puede cumplir en un sentido definitivo.

Esto nos lleva a la segunda manera en la que la historia cristiana tiene aplicación ante esta idolatría sexual. El sexo tiene un lugar legítimo dentro de la vida humana. Después de todo, Dios creó en nosotros esta condición de seres sexuales. Pero la historia cristiana tiene una visión de la vida sexual muy diferente de la inevitabilidad del daño relacional que la canción “Heartache” presenta. Un ingrediente fundamental del mundo imaginativo de la canción es una noción tácita de que las personas se pretenderán sexualmente unas a otras desafortadamente, y que el daño relacional

acumulado a lo largo del camino, aunque sea lamentable, también es inevitable. El evangelio responde afirmando el papel adecuado del sexo en las relaciones humanas, negando, por ende, la inevitabilidad del daño relacional. El daño procede de concebir la unión sexual como algo que no es en realidad: un salvador, o un juego recreativo, simplemente algo que hacen las personas. El sexo, por el contrario, dentro de una cosmovisión cristiana, es una parte intensamente delicada, frágil y significativa de la vida creada. Y como tal, el sexo necesita ser buscado dentro de los parámetros y la orientación proporcionados por el Creador que nos ama. Cuando nos involucramos en una relación sexual, nos abrimos de maneras que son tan íntimas y vulnerables que se ha de tener un gran cuidado. Es por esto por lo que Dios manda que se pretenda el sexo solo en el contexto de una relación de pacto para toda la vida: el matrimonio. Lo que hace que el daño relacional sea inevitable no es pretender una relación sexual, *per se*, sino más bien pretender este tipo de relación fuera de esta promesa de lealtad exclusiva para toda la vida. El problema no es el sexo, sino el sexo *necio*. Y el sexo necio no nos aliena meramente del amante con quien hayamos entrado en un pacto, sino con el Dios del pacto de amor. La ironía trágica es que el sexo necio introduce distancia y alienación a pesar de nuestros más profundos anhelos de conexión humana (y, por debajo de ella, divina). Pero el sexo pretendido con sabiduría, con límites marcados por un pacto y con una sensibilidad a la persona amante (y al Dios de amor); ese *tipo* de sexo será el que nos acerque a una relación más profunda y proporcionará una experiencia más íntimamente satisfactoria, un anticipo del amor-sin-temor-ni-retraimiento por el que el cielo se caracterizará. Si somos estúpidos y rebeldes, *habrá* dolor en el corazón esa noche. Si nos sometemos a la sabiduría del Dios

que nos ama, se produce lo opuesto al dolor en el corazón: ver el cumplimiento del anhelo del corazón.

Así que, ¿cómo se aplica el evangelio a “Heartache Tonight”? Mediante el sacrificio de Jesús, quien Ama nuestras almas, somos introducidos a un ámbito de deseo y satisfacción espirituales, un ámbito hacia el que los placeres del sexo nos apuntan. Y segundo, el evangelio abre la puerta a una manera de vivir que conduce a una sexualidad cabal, a una pasión satisfactoria y para toda la vida con quien amas y te has comprometido en un pacto, sin culpa y sin dolor en el corazón. Creámoslo o no, esto sí es posible.

Esta es una lectura cristiana de la aparentemente sencilla canción de *rock* “Heartache Tonight”. Consideramos otro texto de la cultura popular que es incluso más caótico y más complejo que “Heartache Tonight”, la película documental *Grizzly Man* (2005).